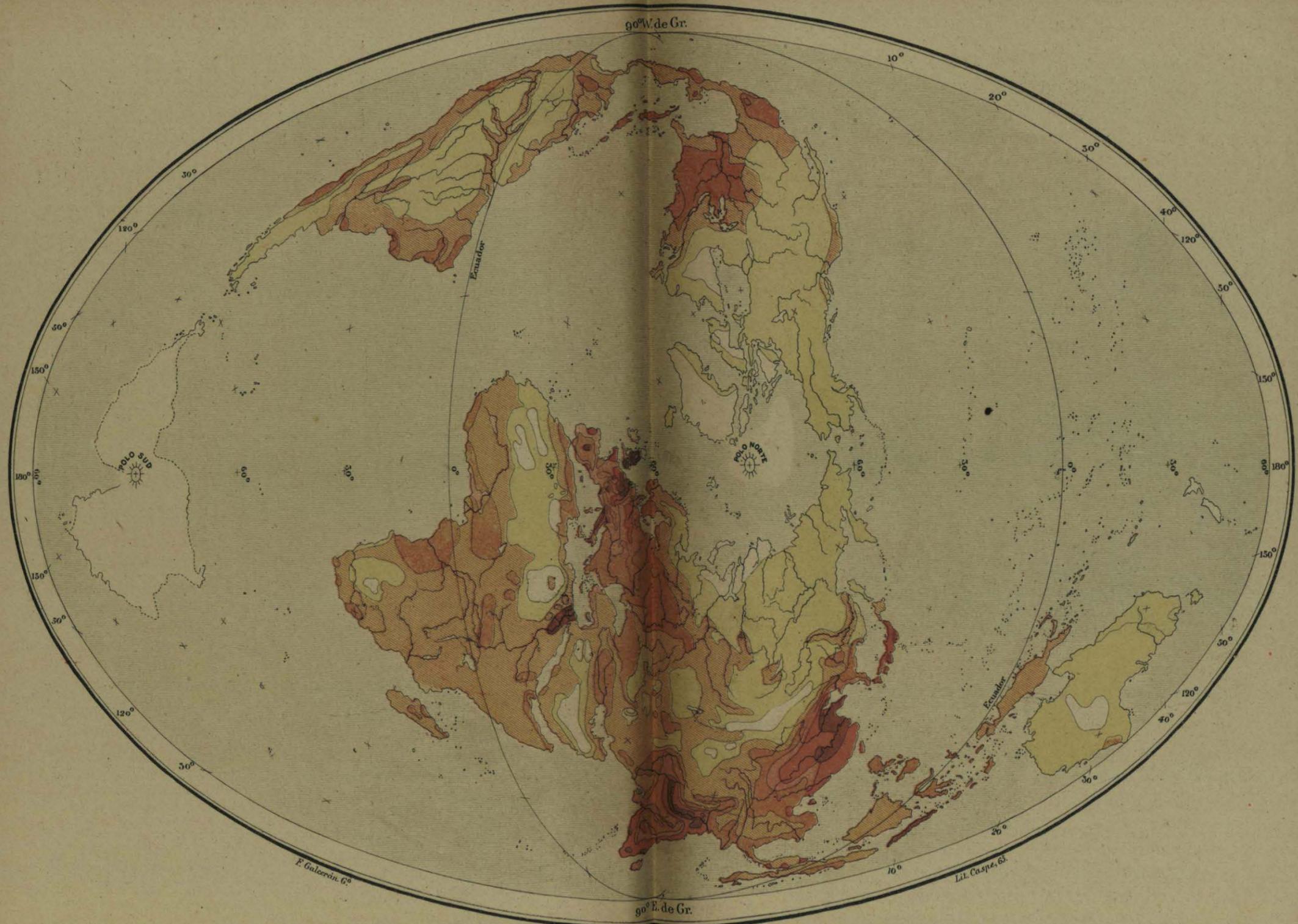


época, la ciudadela, donde todos los ciudadanos se refugiaban en caso de peligro supremo, lo era el templo, edificado en la cima de la colina guardiana, el monumento consagrado por las estatuas de los dioses. Las ciudades que constituían un organismo doble, como Atenas, Megara y Corinto necesitaban proteger hasta el camino intermedio por largos muros paralelos.

El conjunto de las fortificaciones, explicándose por la naturaleza del suelo, adquiriría con el paisaje un aspecto armonioso y pintoresco. Pero en nuestros días de extrema división del trabajo, en que la fuerza militar ha llegado á ser prácticamente independiente de la nación y en que ningún paisano puede entrometerse á dar opiniones estratégicas, la mayor parte de las ciudades fuertes tienen contornos desagradables, sin la menor armonía con las ondulaciones del suelo y que cortan el país en rasgos que ofenden á la vista. A lo menos los ingenieros italianos del Renacimiento, y después Vauban y sus émulos procuraban dibujar el perfil de sus plazas fortificadas siguiendo una simetría perfecta: algunas de esas obras, que tienen el aspecto de cruz de estrellas con radios y gemas, contrastan regularmente por los muros blancos de sus bastiones y reductos con la tranquila placidez de las campiñas frondosas. Pero nuestras plazas modernas no pretenden parecer bellas; no preocupa la belleza á sus constructores. Basta una mirada sobre el plano de las ciudades fortificadas para ver, en efecto, que son feas, repugnantes y en completa discordancia con su medio. Lejos de enlazarse con los contornos del país, ni de prolongar libremente sus brazos por los campos, la plaza de guerra parece amputada de sus miembros, herida en sus órganos esenciales. Obsérvese la triste forma exterior tomada por ciudades como Estrasburgo, Metz y Lille. Esta última ciudad se ha hallado de tal modo estrechada entre sus murallas, que ha debido resurgir, por decirlo así, fuera de la zona de las servidumbres militares. Roubaix y Tourcoing doblan la aglomeración fortificada y en la actualidad se trata de reagrupar los tres elementos en un total armonioso por medio de amplias avenidas.

A pesar de la belleza de algunos edificios, la gracia de sus paseos y el atractivo de su población, París es también una de las ciudades áfeadas por el cerco brutal de sus murallas. Desprendida de

REPARTO DE LA POBLACIÓN DEL GLOBO.



DENSIDAD KILOMÉTRICA



Escala media 1:125 000 000



ese desagradable óvalo de líneas truncadas, el organismo se hubiera desarrollado de una manera estética y racional, hubiera tomado una figura elegante dada por la vida.

Otra causa de fealdad en nuestras ciudades modernas proviene de la invasión de las grandes industrias manufactureras. Casi cada aglomeración urbana está oscurecida por uno ó varios arrabales



Cl. P. Sellier.

LA CIUDAD DE AIRE SOBRE EL LYS

Aire sufrió varios sitios en los siglos XVII y XVIII; sus fortificaciones perdieron todo su valor hace ya mucho tiempo.

erizados de chimeneas fétidas y atravesados por calles negras: bordeánlas inmensas construcciones, ciegas ó agujereadas por muchas ventanas de pesada simetría. El suelo tiembla bajo el esfuerzo de las máquinas en movimiento, bajo el peso de los camiones y de los trenes de mercancías. ¡Cuántas ciudades existen, sobre todo en la joven América, donde el aire es casi irrespirable, donde todo cuanto alcanza la vista, el suelo, los caminos, las casas, el cielo rezuma el lodo y el carbón! ¡Cómo recordar sin horror y repugnancia una

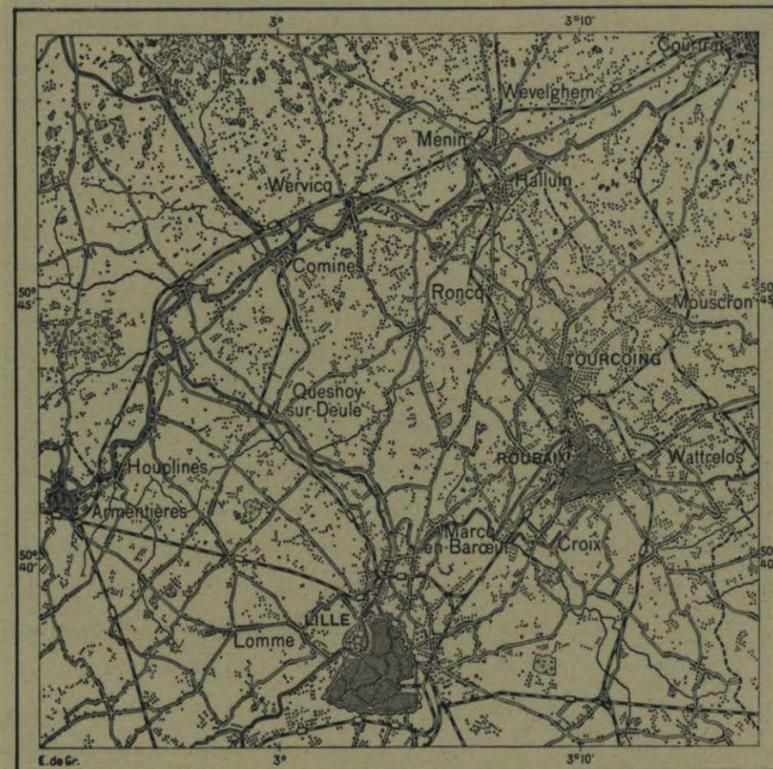
aglomeración minera como aquella interminable y sinuosa Scranton, cuyos setenta mil habitantes no tienen siquiera una hectárea de hierba sucia ni de follaje ennegrecido para consolar los ojos entristecidos por todas las fealdades de la fábrica! Y la enorme Pittsburgh, con su corona semicircular de altos suburbios flamígeros y humeantes, ¿cómo imaginársela bajo una atmósfera más sucia, ya que, según los indígenas, haya ganado en limpieza de las calles y en claridad de los horizontes desde la introducción del gas natural en las fábricas? Otras ciudades, menos negras, son poco menos repulsivas porque las compañías de ferrocarriles se han apoderado de las calles, plazas y paseos, por donde hacen circular sus trenes, causando víctimas á su paso, y molestando con sus silbidos, humaredas y trepidaciones. Algunos de los más bellos sitios de la Tierra han sido deshonrados: en vano tratará de seguir el paseante en Búfalo las márgenes del admirable Niágara, á través de barrancos, cruzamiento de líneas, canales cenagosos, montones de tierra, de basura y de todas las inmundicias de la ciudad.

Una bárbara especulación afea también las calles por las distribuciones del terreno, donde los empresarios construyen grandes barrios combinados de antemano por arquitectos que ni siquiera han visitado el sitio, ni mucho menos se han tomado la molestia de interrogar á los futuros habitantes; aquí construyen una iglesia ojival para los episcopales, allá un edificio romano para los presbiterianos, acullá una especie de panteón para los baptistas; trazan sus calles en cuadros y en losanges, varían caprichosamente el dibujo geométrico de las plazas y el estilo de las casas, conservando religiosamente los sitios más ventajosos para las tiendas de bebidas funestas. Ciudades ficticias, construidas sobre un tipo vulgar que por algún detalle atestigua siempre la insolencia fastuosa de los constructores.

De todos modos, toda ciudad nueva llega pronto, por la misma yuxtaposición de las viviendas, á constituir un organismo colectivo, cada una de cuyas células procura desarrollarse en perfecta salud, primera condición de la salud del conjunto. La historia enseña que las enfermedades de los unos producen las de los otros; por tanto, es peligroso para los palacios dejar que la peste se cebe en los tugurios. Ningún municipio ignora la importancia que tendría un

saneamiento completo de la población por la limpieza de las calles, la apertura de jardines floridos y sombreados por grandes árboles, la desaparición rápida de todas las inmundicias y la difusión del agua pura en abundancia en todos los barrios y en todas las casas. Á

N.º 491. Lille, Roubaix, Tourcoing.



1: 250 000.

0 2 5 10 15 kil.

Todas las ciudades cuyos nombres están indicados tienen lo menos 5,000 habitantes. La densidad de población de este territorio montado sobre la frontera es de unos 1,000 habitantes por kilómetro cuadrado.

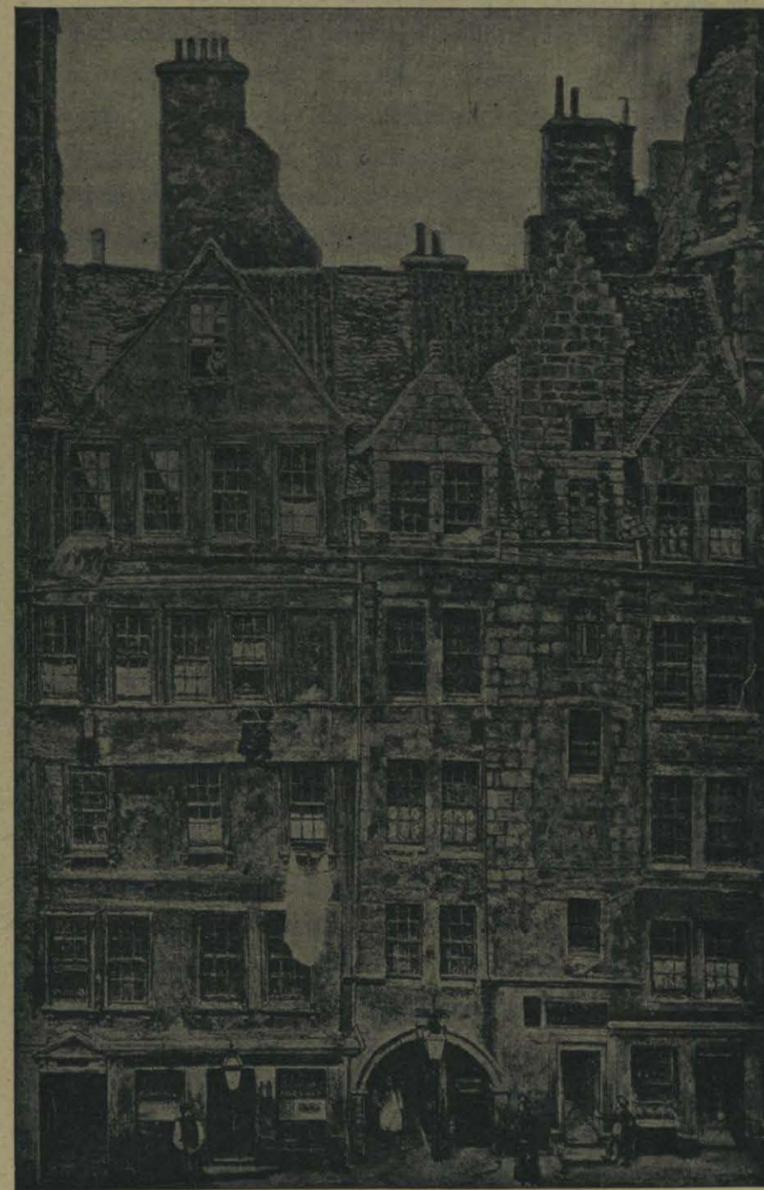
este respecto, las ciudades de los países más adelantados están en rivalidad pacífica para poner en práctica ó ensayar procedimientos particulares de limpieza y de comodidad. Verdad es que las ciudades, como los Estados, tienen gobernantes excitados por el medio mismo á ocuparse principalmente de sus intereses privados; pero

ya es mucho saber lo que conviene hacer para que los organismos urbanos funcionen un día mecánicamente para la adquisición de provisiones, la circulación de las aguas puras, del calor, de la luz, de las fuerzas, del pensamiento, la repartición constante de los instrumentos y la expulsión de las materias que han llegado á ser inútiles ó funestas. Ese ideal está todavía muy lejos de ser realizado; al menos, muchas ciudades han llegado ya á ser bastante salubres para que la vida media sea más elevada que la de muchas poblaciones rurales, cuyos habitantes aspiran continuamente el hedor de muladares y basureros y han quedado en la ignorancia primitiva de toda higiene.

La conciencia de la vida urbana se manifiesta también por las preocupaciones de arte. Como la antigua Atenas, como Florencia, Nürnberg y las demás ciudades libres de la Edad Media, cada una de nuestras ciudades modernas se empeña en embellecerse: hasta la villa más humilde se da un campanario, una columna ó una fuente esculpida. Arte muy triste y pesado en general el manipulado por profesores titulares, bajo la vigilancia de una comisión de incompetentes, tan presuntuosa como ignorante. El arte verdadero es siempre espontáneo y no se acomoda á las alineaciones impuestas por el trazado callejero. Los hombres mezquinos que tanto abundan en los consejos municipales, suelen proceder á la manera de aquellos Mumius capaces de encargar á sus soldados la restauración de los cuadros deteriorados; se imaginan que alcanzarán la belleza por la simetría y que unas reproducciones idénticas darán á sus ciudades obras como el Parthenon ó como la iglesia de San Marcos. ¿No tenemos en Europa una ciudad, cuyas mismas construcciones la hacen vulgar por excelencia, la extensa Munich, que contiene tantas y tan escrupulosas imitaciones de monumentos griegos y bizantinos, obras maestras á las que faltan el medio, el aire, el suelo y los hombres?

Aunque los copistas logren la reproducción de monumentos en todo exactos á los que les han servido de modelos, no dejarán de producir un trabajo contra la Naturaleza, porque un edificio no se comprende sin las condiciones de espacio y de tiempo que lo han producido. Cada ciudad tiene su vida propia, sus rasgos, su fisonomía particular: ¿con qué veneración se aproximarían á ella los

constructores! ¿Es un atentado contra la personalidad colectiva constituida por la ciudad quitarle su originalidad para erizarla de cons-



CASAS VIEJAS DE LA HIGH-STREET EN EDIMBURGO

Cl. B. Home.

trucciones vulgares ó de monumentos contradictorios con su carácter actual ó con su pasado! El gran arte consiste en transformar la

ciudad nueva para adaptarla á las necesidades del trabajo moderno, conservando todo lo que tuvo de pintoresco, de curioso ó de bello en los siglos pasados; es preciso saber conservar en ella la vida y darle la salubridad y la utilidad perfectas, del mismo modo que unas manos piadosas restablecen la salud de un enfermo. Así es como en la ciudad de Edimburgo unos hombres inteligentes, á la vez artistas y sabios, emprendieron la restauración de la admirable calle de High-Street, que desciende de la fortaleza al palacio de Holyrood, uniendo las dos células principales de la antigua ciudad. Abandonada repentinamente, cuando la marcha á Inglaterra del rey Jacobo, por los parásitos de la corte, chambelanes, militares, hombres de placer, proveedores y hombres de ley, esta avenida de casas ricas cambió de habitantes; los pobres hicieron de ellas su vivienda, acomodando lo mejor posible las grandes salas, dividiéndolas por medio de tabiques groseros. Dos siglos después de la deserción de aquella calle, se había convertido en un conjunto de caserones con patios nauseabundos, de rincones invadidos por las fiebres: la población, vestida con harapos insanos, siempre manchados de lodo, se componía en gran parte de enfermizos, escrofulosos y anémicos. A los vicios elegantes de la corte habían sucedido los vicios con toda su pública repugnancia. Contra esas horribles sentinas dirigieron sus ataques los restauradores, transformando gradualmente cada casa, restableciendo las escaleras de anchas rampas y las salas de chimeneas monumentales, introduciendo en todas partes grandes oleadas de aire puro y de luz, á la vez que conducían agua abundante al último desván y colocaban bajo-relieves y adornos en las desnudas paredes del edificio. Lo pintoresco de las construcciones se conservó con respeto y hasta se aumentó con torres, azoteas y miradores, despojando todo del horrible acompañamiento de la basura y de la hediondez; la calle, antes repugnante y sucia, está ahora limpia y ostenta en sus balcones flores y follaje, lo mismo que, en un jardín, la flor brota del pie de la rama primera cuando un trastorno violento ha conmovido el suelo que le sustenta.

Pero en una sociedad donde los hombres no tienen el pan seguro, donde los miserables y hasta los hambrientos constituyen todavía una gran proporción entre los habitantes de cada gran ciudad, la

reforma de los barrios insalubres no pasa de ser un bien á medias, porque los desgraciados que los habitaban se ven expulsados de sus antiguos tugurios y forzosamente han de buscar otros en los suburbios adonde llevarán sus emanaciones ponzoñosas. Por excepcionalmente ilustrados y de gusto perfecto que sean los ediles de una ciudad, aunque cada restauración ó reconstrucción de edificio se hiciera de una manera irreprochable, no dejarían de ofrecer todas nuestras ciudades el penoso y fatal contraste del lujo y de la miseria, consecuencia necesaria de la desigualdad, de la hostilidad, que cortan en dos el cuerpo social. Los barrios suntuosos, insolentes, tienen como contraste unas casas mezquinas, que ocultan tras sus paredes exteriores, bajas y desniveladas, patios húmedos, con un pavimento formado de mezclas solidificadas de toda clase de suciedades. Hasta en las ciudades cuyos administradores procuran ocultar hipócritamente todos los horrores, cubriéndolos con exterioridades decentes y blanqueadas, la miseria rezuma sin remedio: se siente que allí detrás cumple la muerte su obra más cruelmente que donde no hay hipócritas ocultaciones. ¿Cuál es, entre nuestras ciudades modernas, la que no tiene su *White-Chapel* y su *Mile-End road*? Por bella, por grandiosa que pueda ser en su conjunto una aglomeración urbana, siempre tiene sus vicios aparentes ó secretos, su tara, su enfermedad crónica, que conduce irrevocablemente á la muerte si no se logra restablecer la libre circulación de una sangre pura en todo el organismo.

¡Cuántas ciudades están todavía muy lejos del tipo de salubridad y de estética futuras! Un diagrama, publicado en el anuario de Petersburgo para el año 1892, da un notable ejemplo del consumo de vidas humanas de aquella capital: partiendo del año 1754, época en que la población de Petersburgo era de 150,000 individuos, la curva de acrecentamiento se eleva en 126 años á 950,000 personas, en tanto que la curva de población hipotética, calculada según la mortalidad y sin contar los inmigrantes, desciende á 50,000 bajo cero. La natalidad no llega á exceder algo de la mortalidad hasta 1885, año de la gran limpieza. ¡Cuántas ciudades en el mundo, como Budapest, Lima, Rio de Janeiro, estarían en vía de ruina rápida si no vinieran los campesinos á llenar los huecos dejados por los muertos! Si los Parisienses se extinguen al cabo de dos ó tres

generaciones, cúlpese al olor pernicioso de la ciudad; si los Judíos polacos son declarados inútiles como reclutas en mayor número que los jóvenes de otras nacionalidades, cúlpese á las ciudades en que vegetan pobremente en el *ghetto*.

¡Cuántas aglomeraciones existen cuyo cielo parece un velo funerario! Penetrando en una ciudad ahumada, Manchester, Seraing, Essen, El Creusot ó Pittsburgo, se ve que las obras de los liliputienses humanos empañan la luz, profanan la hermosura de la Naturaleza. Una cantidad de carbón escapada á la combustión, formando un velo continuo de una fracción de milímetro de espesor¹, basta, sobre todo unida á la niebla, para contrabalancear la luz solar. La atmósfera opaca que á veces pesa sobre Londres es justificadamente célebre.

Además del problema del humo, fácil de resolver, el saneamiento de los centros urbanos suscita otros muchos. El sistema de evacuación de las aguas sucias y de la basura casera, la clarificación de las aguas de cloaca, sea por procedimientos químicos, sea por su empleo racional en agricultura, distan mucho de haber recibido soluciones satisfactorias ó aceptadas y no pocos municipios ni siquiera piensan en tales asuntos. La elección de un suelo firme para el tránsito rodado que no dé polvo ni lodo, y la organización eficaz de los transportes en común tienen también su influencia sobre la salud general.

Numerosos indicios demuestran que el movimiento de flujo que lleva hacia las ciudades la población de los campos puede detenerse y aun transformarse en un movimiento de reflujo. En primer lugar, la carestía de alquileres urbanos conduce naturalmente á los trabajadores á fijar su residencia en los suburbios, y los jefes de industria tienen interés en favorecer el exodo, puesto que ha de producir la baja en los precios de la mano de obra. La bicicleta, los tranvías de servicio matinal y los trenes obreros han permitido á miles de trabajadores y empleados de corto sueldo alojarse con alguna ventaja pecuniaria en un aire menos cargado de ácido carbónico. Debido á esa facilidad, en Bélgica, los municipios rurales de muchos

¹ Ch. Dufour, *Bulletin de la Soc. Vaudoise des Sciences Naturelles*, Junio-Septiembre 1895, p. 145.

distritos han conservado su población gracias á la extensión de los «cupones semanales». En 1900 nó se contaban menos de 150,000 obreros que residían por la noche y el domingo en su pueblo y cada día de la semana iban á trabajar hasta 50 kilómetros de distancia, — mediante el abono semanal de 2'25 francos, — en una fábrica ó manufactura de alguna ciudad lejana. Pero tal solución es bastarda,



CASAS DE BOURNEVILLE

Villa industrial de los contornos de Manchester.

porque el jefe de familia se agota en largos trayectos, en malas comidas, en cortos reposos nocturnos, aparte de que el saneamiento de las villas suscita los mismos problemas que el de las ciudades¹.

Más aún: la electricidad suministrada por el agua corriente, tiende á reemplazar al carbón y á dispersar las fábricas á lo largo de los ríos. Así se ha visto la ciudad de Lyon, á pesar de su potencia de atracción por el trabajo y el florecimiento artístico, disminuir en muchos miles anuales el número de habitantes, no por

¹ Emile Vandervelde, *L'Exode rural*.

falta de prosperidad, sino al contrario, porque sus ricos tejedores y otros industriales habían extendido su dominio de actividad por los departamentos vecinos hasta los Alpes, en busca de cascadas ó rápidos que les suministraran la fuerza motriz necesaria.

Considerándolo bien, toda cuestión de utilidad se confunde con la misma cuestión social. ¿Llegarán todos los hombres sin excepción á respirar el aire en cantidad suficiente, á gozar plenamente de



BARRIO OBRERO EN MANCHESTER
Tipo de los *slums* ingleses.

la luz del sol, á disfrutar la belleza de la frondosidad de los árboles y del perfume de las flores, á alimentar suficientemente su familia libre del temor de que le falte el pan? Pues en este caso, y únicamente de ese modo, podrán las ciudades realizar su ideal y transformarse en absoluta conformidad con las necesidades y

los placeres de todos, convirtiéndose en cuerpos orgánicos perfectamente sanos y bellos.

Á ese programa pretende responder la ciudad-jardín. Y efectivamente, industriales inteligentes y arquitectos innovadores han logrado crear en Inglaterra, donde el tugurio urbano era de lo más repugnante, cierto número de centros en condiciones tan perfectamente sanas para el pobre como para el rico. Port-Sunlight, Bourneville y Letchworth contrastan felizmente con los *slums* de Liverpool, de Manchester y otras ciudades análogas, y las tablas de mortalidad de esas localidades rivalizan por la pequeñez de sus cifras con las de los barrios más suntuosos de nuestras capitales — 10 ó 12 defunciones anuales por 1,000 habitantes; — pero resulta que siempre son privilegiados los que habitan las ciudades jardines, y la buena voluntad de los filán-

tropos no basta para conjurar las consecuencias del antagonismo que existe entre el Capital y el Trabajo.

No es indispensable recurrir á esas creaciones de nuestra época para encontrar notables pruebas del anhelo de belleza que sentían algunas ciudades antiguas, el cual únicamente se satisface por la formación de un conjunto armónico. Pueden citarse especialmente las municipalidades de los Polabos, gentes de origen eslavo que viven en la cuenca del Jeeze, afluente hanoveriano del Elba. Allí están todas las casas dispuestas á distancias proporcionadas alrededor de una gran plaza ovalada, en la cual se hallan un pequeño estanque, un bosque de encinas ó de tilos, algunas mesas y asientos de piedra; cada vi-



CASA OBRERA EN LETCHWORTH
Nueva ciudad-jardín á 50 kilómetros de Londres.

vienda dominada por un alto caballete, vuelve su fachada hacia la plaza y presenta sobre su puerta una inscripción biográfica y moral. La verdura de los jardines exteriores se desarrolla en un hermoso círculo de árboles únicamente interrumpido por el camino que une la plaza á la carretera general; sobre esa línea de unión con las otras villas se han construido la iglesia, la escuela y la posada¹.

De tal modo se halla concentrada la población en algunas grandes ciudades, que excede de 1,000 habitantes por hectárea, especialmente en algunos barrios de París; en Praga se estrechan más aún las multitudes; en New-York, en 1896, la pululación de los seres humanos alcanzó su mayor densidad, 1,860 individuos por hectárea

¹ Dr. Tetzner, *Globus*, 7 Abril 1900.